

Breves relatos infantiles (Pino, ganadora concurso
Fundación AINO B 2022)

Debes (Lucía)



Capítulo 1

PINO

Dicen que los sabios de este mundo que los animales no piensan. Tampoco hablan ni pueden jugar a las cartas. Pues déjenme decirles, esa afirmación es falsa. Hay gatos que no solo cuentan con pensamientos bastante complejos, sino que, en su lengua, hablan. Si, estimados, lo hacen en su propio idioma.

Mi nombre es Juan José, aunque no me gusta que me digan "jota jota". Vivo en una ciudad muy grande, urbanizada y dónde llueve cada dos o tres días. Mi casita es pequeña, pero cómoda: posee techo de tejas, un gran living adornado con cuadros de ese gran pintor que fue Monet y dos sillones de tapizado rojizo, en uno de los cuáles me siento a leer el periódico o ver televisión, mientras que en el otro se ubica la mayoría del tiempo mi gato gris. Si no se recuesta allí, puede estar comiendo en la cocina atún en su platito o mirando a través de la ventana que da a la calle, ya sea prestando atención a la gente pasar, a alguna mosca o a algún pajarrillo que cantara encima de alguna de las miles de ramas del árbol de enfrente.

Mi gato gris, de gran tamaño y atigrado, no parecía tener nada de especial en comparación con cualquier otro gato. Me avisaba cuando quería salir afuera para ir a su baño, maullaba cuando tenía hambre y ya se había acabado el atún, ronroneada al hacerle mimos en la cabeza. Ahora bien, un día noté que, mientras éste miraba por la ventana, parecía comunicarse con un gato muy feo que no había visto nunca y que se encontraba trepado al verdoso pino frente a casa. No sé por qué me llamó tanto la atención, pero parecían dialogar en forma similar a como lo hacemos los seres humanos.

Al otro día, a eso de las 3 de la tarde, pasó lo mismo. Y al día siguiente, pero una hora y pico más tarde, de nuevo se repitió la situación descrita.

Mis sospechas no me dejaban en paz. Esa noche fui a dormirme con una sensación extraña. Sabía que al otro día tenía que hacer algo al respecto. Recordaba como mi gato gris pareció percatarse que yo lo vigilaba, inmediatamente mirándome con la cabeza ladeada y marchándose hacia la cocina. ¿Acaso había notado mis pensamientos? "Bah, sandeces..." pensé, no muy seguro.

Me levanté y ni siquiera desayuné. Cogí la vieja radio de mi padre, con la cual jugaba de chico: la había desarmado una tarde de verano y desde ese momento nunca volvió a funcionar correctamente. Sufría de

interferencias en forma continua. Pero se sabe, uno tiene que seguir sus corazonadas. A eso de los diez años de edad estaba plenamente convencido que a través de esa radio se podían escuchar señales de otros mundos. El paso del tiempo hace que uno deje de creer: madurar es dejar de imaginar para la mayoría de la gente.

Mi gato gris observaba. Parecía que éste estaba estudiando mis movimientos. Traté de no mirarlo, pero ese sexto sentido que dicen los animales poseen me estaba haciendo sentir incómodo. Esperé pacientemente que apareciera el gato feo. Creo que mi gato hacía lo mismo.

Las tres: nada. Las cuatro: nada. Eran las cinco y ya estaba molesto por la espera, pero mi gato gris seguía mirando a través de la ventana. Se hicieron las seis, y como era invierno, el sol comenzaba a caer. Yo me sentía desilusionado. Me puse con la radio en mi regazo, sentado en el sillón. La encendí y traté de sintonizar alguna emisora. Mis intentos parecían infructuosos.

Cómo el cable que iba al tomacorriente era muy largo (lo tomé prestado de mi aspiradora) comencé a moverme dentro del living, radio en mano, tratando que la antena capte mejor señal. Fui de un lado a otro, incluso me paré sobre el banquito de madera del piano. No había manera que funcione. Había colocado el volumen al máximo con tal de escuchar lo que sea. Luego de unos minutos cambié de enchufe y usé el de la habitación. Utilicé el que no tiene conexión a tierra, qué más daba.

En tanto, escuché un maullido ahogado desde el living. Debía ser de mi gato gris. ¿Habría vuelto el gato feo, para continuar las conversaciones con el mío? Tenía que averiguarlo. Dejé la radio encendida, con el volumen como estaba, apoyada sobre la cama. Me encaminé lo más silenciosamente que pude hacia el lado de la ventana dónde aquel se encontraba.

El gato feo estaba sobre una de las ramas del pino. Miraba fijamente a mi gato gris, quien a su vez lo observaba con la cabeza ladeada y esgrimiendo muchos "miau" y similares. La radio comenzó a emitir, al fin, locuciones audibles. Me llamó mucho la atención que parecían corresponderse con el movimiento de las bocas de ambos gatos, tanto del gris como del feo, éste desde el otro lado del vidrio. No quería apresurarme. Chequé mi hipótesis una y otra vez. ¡Era cierta! ¡La radio captaba la charla de los gatos! ¡Podía comprenderlos! Era gracioso como repetían y mucho las eses, ja.

Qué más puedo decirles: charlaron sobre atún, el bulldog del vecino que siempre hacía correr al gato feo, las maderas aptas para afilarse las uñas, y la escasez de tierra seca que impedía que ambos taparan perfectamente los desechos cuando visitaban sus respectivos baños. Yo estaba perplejo.

Mi gato se llamaba "Pino": al parecer los gatos tienen la costumbre de colocarse nombres de árboles. Verán, son prácticamente sagrados para los felinos. El gato feo se llamaba "Alerce". Ambos mencionaron la bondad de sus dueños; solo que Alerce estaba molesto porque la niña de su casa lo tomaba de la cola a menudo y tironeaba de ella de manera ruda. "Losss niñossss sson assí" respondió Pino.

De allí en más, casi todos los días, ponía la radio en el tomacorriente de mi pieza, el que no tenía conexión a tierra, subía el volumen de la vieja radio, e iba al sillón, al lado de Pino, dónde éste aguardaba a su amigo Alerce para conversar por las tardes. Con el tiempo, el invierno recrudesció como cada año: entonces invité al minino feo a pasar dentro de la casa, cosa que se hizo costumbre a pesar de su reticencia: Alerce amaba el aire libre, y la rama del árbol. Éramos tres amigos disfrutando de las tardes. Ellos comían atún y conversaban, yo miraba televisión sin volumen a fin de escuchar las conversaciones a través del radio.

Que muchos sigan creyendo que los gatos no hablan ni piensan. Yo les afirmo que no es así. Incluso son más inteligentes que muchos humanos. ¿Saben lo que un día escuché en la radio? Ese día, Alerce no me sacaba los ojos de encima y dijo a Pino: "Esss aburrido sssi no hablamossss con tu dueño, ya esss sssabido que nossss essscucha sssiempre. ¿Y sssi traigo a Abedul en essstosss díasss? Sssussss ancestrosss sson de Gelnhausssen y allí sssaben de micrófonossss" Hoy día, Pino y Alerce me llaman "jota jota" con tal de hacerme enojar, los muy agradecidos. Por mi lado, ya no digo en voz alta que ningún gato es feo, oh sí, nunca más.

Capítulo 2

EL VIAJE

Gastón y Tomás eran buenos amigos. Bueno, no solo buenos. Eran los mejores. Se criaron prácticamente juntos, viviendo como vecinos en uno de los barrios residenciales más conocidos de la ciudad de Cataplám, al oeste de ese nuevo país llamado Ashesta. Gastón era alto y flaco, Tomás petiso y retacón. El primero era rubio, con algunas pecas en las mejillas; el segundo poseía un cabello oscuro como la noche. Uno hablaba mucho, en tanto al otro había que sacarle las palabras con una tenaza de su boca. Parte de su infancia la pasaron jugando en el patio casa abandonada de enfrente, muy bonita por cierto a pesar de su falta de habitantes.

Por supuesto, iban al mismo colegio. Separados eran ambos un pan de Dios, pero juntos... ¡Ay ay! ¡Se convertían en un terremoto latente! Eran los campeones regionales de las bromas, y más de una vez a causa de éstas terminaron de plantón frente a la Dirección, "ajusticiados" según sus propias palabras. Claro, se tomaban muchas cosas en serio. Estudiaban mucho, a pesar de las apariencias: siempre se turnaban entre ellos el uso de la bandera de ceremonias, como usualmente se hace con aquellos que poseen los mejores promedios en la escuela. También eran buenos hijos, más allá de alguna que otra travesura que conforme a sus edades era dable esperar.

Sin embargo, un día el destino hizo que sus caminos se separaran. Los padres de Tomás se estaban divorciando, y en el acuerdo legal de tal separación, el papá quedaba con la custodia del muchacho y de su hermana mayor, Jazmín, dejando en manos de la mami el cuidado de los dos hermanitos menores. Debían cambiarse al otro lado de la ciudad. Fue un baldazo de agua helada para el dúo de amigos. Más que eso, el chocar con una realidad que desconocían y para la cual no estaban preparados. Durante dos días enteros Tomás lloró. Los tours a la casa abandonada concluyeron sin previo aviso. Ni siquiera tenía fuerzas para asistir a clases. Terminó yendo gracias a la insistencia de Gastón, quien simulaba estar entero, cuando en realidad también estaba destrozado por dentro. Pero bueno, el que dejaba el colegio y el vecindario era su amigo, no él. "Me

toca ser el fuerte" pensaba a diario.

Mientras se ultimaban los detalles de la mudanza, a la maestra Laura, la más querida del instituto, se le ocurrió lo de hacer una despedida a Tomás. Como siempre, hubo voces a favor y en contra, pero primó el cariño que nuestros "Batman y Robin" atraían para sí del resto de los alumnos. Es que eran muy buenos chicos y con un corazón gigante.

Llegó el día del evento. La sala de grado estaba repleta de globos, papel picado y sándwiches de miga con gaseosas. Tomás seguía triste, pero en vistas al esfuerzo de sus compañeros y maestros dio lo mejor de sí, y terminó convenciéndose que al menos ese día, merecía sentirse feliz. Se puso una máscara de hechicero y corría detrás de sus amigos para dejarlos "congelados" con un toque. Gastón también se divirtió de lo lindo. Había llevado un distorsionador de voz con el que parecía un ogro al hablar. La señorita Laura contribuyó con un par de juegos de lo más innovadores, que ninguno de los chicos parecía conocer. El del cofre azul volvió loco a más de un niño. "¿Cómo hace para adivinar lo que puse en el cofre?" era la pregunta más escuchada en el aula.

Sin embargo, el timbre sonó y la fiesta acabó. Gastón y Tomás (éste con el guardapolvo lleno de autógrafos de sus compañeros) se marcharon a sus casas, a paso lento, como no queriendo nunca llegar. Se acercaba el momento de emprender ese viaje que ninguno de los dos quería llevar a cabo.

Marchaban en silencio ambos, pateando piedritas en el camino. Casi arribando a sus hogares, Gastón levantó la cabeza: "Mira, hay gente en la casa abandonada"

Tomás ni siquiera cambió la dirección de sus ojos, que apuntaban al suelo: "Qué importa. Nunca más vamos a poder visitarla. Pronto me mudo. La hora de mi viaje está llegando"

Sin embargo, Gastón insistió tocando el brazo de su amigo: "Espera un segundo, ¿ese no es el auto de tu papá?"

Tomás puso cara de desconcierto. Miró y dijo: "Sí, es el auto de mi pá. ¿Qué estará haciendo...?"

Ambos se vieron interrumpidos por el grito del padre de Tomy, quien

llamaba a ambos a acercarse gesticulando con sus manos.

Los chicos se observaron sin entender nada. Se acercaron lentamente, aunque apuraron un poco el paso.

“¿Y? ¿Qué te parece?” dijo José, tal era el nombre del Sr. Reyes, a su hijo.

Tomás se rascó la nariz: “¿Qué cosa me parece papi? Tengo que irme y seguir empacando en casa... No te entiendo”

El padre sonrió. Se agachó a la altura de Tomy.

“A pesar de nuestras diferencias hijo, siempre pensamos con tu mamá en el bienestar de todos ustedes, nuestros soles. Marcharnos lejos puede ser muy complicado para ustedes. ¿No es así? Te preguntaba sobre qué te parece ésta, es decir... nuestra nueva casa...”

Inmediatamente, Tomás dio un salto gigante sobre su papá. Lo abrazó tan fuerte que hasta dolió un poco a José. ¡Imaginen al pobre hombre cuando Gastón hizo lo mismo! ¡Dos muchachitos prendidos a su cuerpo como garrapatas! El señor Reyes terminó por rendirse y arrojarse al suelo, con los pequeños sobre él. Nunca en Cataplám se escuchó la palabra “gracias” tantas veces como en ese día.

La casa abandonada, en cuyo patio jugaron durante años Gastón y Tomás, estaba muy bien cuidada por dentro. Sí, había que hacer remiendos y limpiar mucho, pero prácticamente estaba preparada para albergar la familia de José. Resultó que unos días antes, un hombre visitó la compañía de bienes raíces donde el Sr. Reyes trabajaba con los papeles de una casa, que quería vender a toda costa, pues “solo le causaba pérdidas por impuestos”. Le ofrecieron alquilarla, a lo que el hombre respondió con un no rotundo. Cuando el papá de Tomás vió la dirección, y el bajo precio, casi se desmaya de la emoción. “Dios es sabio y hace cosas como ésta” se dijo.

Fue así entonces como el indeseado “viaje” no prosperó. Gastón y Tomás continuaron con una amistad que hoy día está más fuerte que nunca. Siguen siendo vecinos. Van a la misma secundaria.

Sí, ellos no han casi cambiado. Son los mismos pillos de siempre. Quizás lo único que ahora no es tan divertido es limpiar el patio de la ex casa abandonada, que realizan conjuntamente a cambio de unos helados de

crema por parte de José.

“Este chocolate sí que lo vale” dice uno. “Mi sambayón es mucho más rico, jojojo” responde el otro. Los únicos viajes que hacen son al colegio, a la cancha de básquet, y... a la heladería.

Capítulo 3

El dedo índice.

Eráse una vez, en una tierra muy cercana (¿... a Ibiza?) había muchas manos, y por ende, miles de dedos. El horizonte se hallaba repleto de ellas y ellos. Las manos eran muuuy grandes, aunque los dedos no taaaan largos. Convivían pacíficamente entre sí. Se saludaban estrechando las palmas, gesticulaban muchos "Ok's" y circulitos formados con el pulgar y el índice. Si el dedo más gordito de la mano señalaba hacia abajo, pues era una clara señal de tristeza o de algún problema. Al ser muy solidarios entre sí, esto último se convertía en una empresa compartida en pos de su solución: es decir, se tomaban toooodas las manos, unas de otras, y formaban una cadena tan o más gigante como algún anillo de Saturno. Todos eran para uno, y viceversa. No había conflicto o ni dolor que resistiera semejante unión.

Sin embargo, un día gris, como en esos donde habitualmente pasan cosas malas, uno de los dedos índices, quizás el más famoso de la tierra de las Manos Grandes Encantadas, empezó a prestar atención a otro dedo. Nadie entendía bien el motivo, pero al dedo índice nunca le simpatizó ese dedo medio. Era extraño, pues casi todos los demás tenían que envidiarle a los índices, y en especial a éste. Era más largo que los otros, hasta incluso bastante bello. Muy inteligente, y además exitoso con sus contemporáneos.

De un momento a otro, el dedo índice comenzó a suponer sucesos que solo ocurrían en su imaginación. Al menos, es lo que empezó a decir la mayoría. El dedo, muy capaz, había comenzado a comentar sus ocurrencias con otros dedos, tanto de su mismo tipo como con otros. Por supuesto, dónde más repercusión tuvieron sus dichos fue en el ámbito de sus pares. Está claro que son ellos los que, entre otras cosas, habitualmente señalan al resto. El problemilla de todo recaló en que los índices comenzaron a creer, de veras, lo que el famoso índice les contaba.

Entonces, de a poquito y más poquito, muchos de los índices (venga, no son todos iguales por favor), convencidos sin más pruebas que la palabra del célebre colega, terminaron por argüir contra el dedo medio, quien en principio tomó el tema con gracia, pero terminó convenciéndose que la cosa iba mal, evidentemente. El reino de Manos Grandes Encantadas no parecía lo que otrora fue.

El dedo medio, quien fue anoticiado de la tramoya por un fiel pulgar, consultaba qué hacer, a diario y con un dedo anular muy cercano.

Bueno, en realidad se querían mucho, y estaban juntos todo el día, a pesar de pertenecer a manos diferentes. El anular, muy paciente, le decía que conserve la paciencia, y que de última el Dios del reino se iba a encargar de poner las cosas en su lugar.

El medio retrucaba: - No es la primera vez que ven situaciones conflictivas y no hacen nada - Estaba muy molesto. Muuuuy pero muy enojado. Aún así, el anular lo calmaba con su arpa, cuyas notas sobrevolaban cada milímetro de esa tierra maravillosa.

- Quizás es la manera que EL quiera que se resuelva, sin su intervención. ¿No crees? - añadió tan dulce el alunar.

El dedo medio bajo sus decibeles, agachó la falange superior y agregó: - Eso espero, mi vida -

En tanto, el Sr. índice no olvidó al dedo medio. Para nada. Se enfadaba de vez en cuando, siempre víctima de su ego, ese gran problema, y sus propias ocurrencias infundadas. Siguió dirigiendo sus malas energías hacia el otro, dejando de lado en ese tiempo su verdadero trabajo. Creía tener tacto, pero por favor, hasta los guantes y dedales notaban su pensar.

Y acaeció que al índice famoso le llegó su día. Tuvo un exabrupto más. El dedo medio se cansó de sus chismes, mentiras, palabrería de bajo vuelo. El talento que le sobraba en su empleo, le faltaba en demasía a la hora de señalar buscando un culpable.

El dedo medio, por ende, oró al Dios de la tierra de las Manos Grandes Encantadas. Se sintió bien, muy pero muuuuy bien. Dejó todo en manos de EL. Mientras, siguió con lo suyo, no solo en esta tierra, sino en otras a las que, tal vez, dedos como el índice no se animen nunca a aventurarse. El dedito anular lo acompaña, como siempre lo hizo antes, y lo seguirá realizando en el futuro.

El dedo medio, hoy día, se estira asomándose sobre la gran mano a la que pertenece, en señal de triunfo. Y por supuesto, sigue adelante con sus sueños.

Capítulo 4

Eucalip*s:

Relato participante en convocatoria Club de Escritores

Fuentetaja: <https://clubdeescritura.com/convocatoria/v-concurso-historias-la-calle/leer/10507340/eucalipts/>



Historias de la calle 5

A-Z]

 Aleatorio

 Más recientes

 Más votados



Testimo

eblo, se lleva para toda la
Menos de 800 habitantes.
s de eucaliptos. O
un viejito, Pocho,

El hijo de Leopoldina y Ana
Juan Govea, la más larga de
pavimento, sin acueducto,
público. En esa calle tambi
Meralea...



Historias de la calle 5

[A-Z]

 Aleatorio

 Más recientes

 **Más votados**



Testimonio

...blo, se lleva para toda la
...menos de 800 habitantes.
...s de eucaliptos. O
...n viejito, Pocho,

El hijo de Leopoldina y Ana
Juan Govea, la más larga de
pavimento, sin acueducto, s
público. En esa calle tambie
Meralea...